

IV

Al principio de la conquista, sólo el hispano importado era el verdugo; pero una centuria después, también los hijos de éste fueron los más temibles victimarios del indio, á quien trataban con la punta del pie, cual á animal despreciable.

Es incuestionable que, en medio de aquel cuadro, el indio se refugiara en las montañas, se escondiera en las selvas, para evitar la persecución: no tenía quien lo consolara, y sí infinidad de atormentadores. Prefería ser habitante de los umbríos bosques y mantenerse con los frutos silvestres, á vivir en los lugares hollados por planta española; allí tenía el trino del zenzontle, el charlar de los loros y el canto de los otros mil pájaros, que le infundía valor y consuelo.

Imitando unos á otros, casi todos los pobladores habían optado por la retirada á las soledades de la tierra, siendo imposible que hasta allí penetrara el que se decía civilizador. Apartados de todo contacto, permanecieron hasta la época de nuestra emancipación de la metrópoli.

En trescientos años, ¿cuál fué la obra de los españoles en México? Criar odios, inquinas, y fomentar rencores, al grado que ni los unos á los otros se sufrían. De estas disidencias surgió la completa libertad del pueblo á la voz de Hidalgo.

Con los comienzos del siglo pasado, empezó otra clase de lucha. El pueblo, capitaneado por la gente del altar—no había otros medios disponibles—sacu-

dió sus cadenas y levantó la frente al unísono de los pueblos más libres del mundo. Todo vencido y humillado, el feudal señor, que ningunos bienes reportó á los naturales con su largo gobierno, arrió su bandera de este suelo, que ya pedía venganza y el castigo para los tiranos.

Se dice que se fundaron escuelas, ¿cuántas fueron ellas? Se dice que se hicieron beneficios, ¿cuáles eran? Se asegura que, debido á la protección del gobierno colonial, hubo hospitales; será bueno que se enumeren, en obsequio de la verdad histórica, y que haya inventiva de parte de los tales defensores de oficio.

Si después de tantos siglos, y estar España en el corazón de poderosas naciones europeas, rodeada de países verdaderamente civilizados, es el reino en donde menor número de personas hay que sepan leer, ¿es creíble que en aquel entonces haya habido tanta instrucción en sus colonias? A esto agrégase lo de que la razón no podía alzar el vuelo, debido á las prohibiciones canónicas: por lo que la inteligencia estaba en estado de coacción completa. ¿Cuál sería la situación en este sentido, cuando ni los santos se escapaban? De este aserto dan fe San Juan de la Cruz, Santa Teresa de Jesús, y en México Sor Juana Inés.

Verdaderamente es lamentable el estado de la instrucción pública española en el día, que no existen trabas ni razones de conciencia; ya se podrá considerar lo que sería cuatro siglos atrás.

Solían en México sobresalir algunos canonistas, porque sólo se enseñaban ciencias eclesiásticas, y

uno que otro bandolero, que, en fuerza de los buenos ejemplos, hacía maravillas en los caminos reales.

Respecto de establecimientos de beneficencia, malamente los podrían establecer quienes carecían de sentimientos humanos. Quitando uno que otro —fundado para ayudarse los colonos recíprocamente— como el Nacional Monte de Piedad, los establecimientos de esta índole eran desconocidos.

En verdad que, si se recorre punto por punto la historia de la dominación, los peores conquistadores de la humanidad fueron los españoles. De los otros países solían salir personas cultas en pos de glorias y fortuna; pero de España, si es cierto que salieron audaces y valientes, no puede decirse que los tales conquistadores, pescadores de oro, fueran ni medianamente cultos, desde el momento que la mayoría de ellos no sabían ni escribir.

España y todos los conquistadores del Nuevo Mundo deben agradecerles á Colón, que les dió vida, y á los religiosos, que fueron la principal palanca para conquistar pueblos supersticiosos en religión. Por lo demás, ya vimos que, en tratando de pueblos fuertes y cultos, no sólo no son capaces de conquista, sino que, antes de disparar un tiro, entregan posesiones después de cuatro siglos de dominio.

Tal es el compendio de la historia española, y tales son los rasgos característicos del conquistador y del emigrante español: mucha altivez y poca cultura; mucho despotismo y poca humanidad con el débil; mucha tiranía y poca retribución con el subalterno.

Tenían, sin embargo, aquellos aventureros valien-

tes muchas atenuantes; pero no es del caso referirlas. Bien saben los españoles residentes, que, en tratando del principio español, he sido uno de los más intransigentes defensores de su causa.

De las desdichas españolas, el único culpable es el gobierno, y de ningún modo los súbditos que han ofrecido su vida en holocausto en los altares de la patria. Esta abnegación en los hijos de España es la que admiro siempre, tanto como deploro el mal tino y desacierto del gobierno.

V

Cansado, pues, el pueblo mexicano, su emancipación era consecuencia lógica de la tiranía: ya no era posible sufrir, y nació la idea de un gobierno del pueblo y para el pueblo. En la memoria de nuestros insurgentes quedaban los beneficios de la revolución francesa, que dió la libertad á Francia, constituyéndola en república. Se cometieron entonces miles de atrocidades, y ¿acaso el cambio de los gobiernos se hace en medio de danzas y cantos? Una nación, que hacía trescientos años ejercía autoridad sobre los destinos de un pueblo rico y viril, no era fácil que le dijese: ¡sé libre! Tal esperanza era simplemente un imposible, no sólo en aquel tiempo, sino también en la actualidad. ¿Consiguió Cuba su libertad de una manera generosa? Muchas veces pidió, no la libertad absoluta, una autonomía justa y requerida por las circunstancias; y, sin embargo, el orgullo español, mal entendido, quedó implacable: no podía España, de

motu proprio, ceder la libertad á Cuba, porque concluían sus tradiciones de conquista.

Los Estados Unidos se encargaron de resolver el problema, y Cuba izó su bandera libre en medio del concierto de las naciones independientes. ¿Pudo España, sin menoscabo de su decoro, haberle dado la libertad sin la intervención? Claro que sí. Los conflictos domésticos deben ser resueltos en el hogar mismo, para que nadie se entere; y cuando se publican, honran á los que intervienen en ellos y son timbre de gloria para quien los resuelve por la paz.

Desgraciadamente, de estos timbres no puede enorgullecerse España, porque no cuenta ninguno en su historia.

Dado el carácter español, sólo la guerra podía quitar la presa de manos del enemigo. Y á las circunstancias del tiempo se unió la resolución de los patriotas insurgentes, y fué la patria soberana y libre.

Separados de España, siguieron las revueltas intestinas, porque nuestros padres nos habían enseñado á no estar quietos: todo era por la ambición del mando, porque todos aspiraban al poder.

Entretanto, los beneficios no se hacían sentir bajo los influjos de la nueva Constitución lanzada al pueblo en Apatzingán, porque los habitantes del país vivían inquietos; los caminos estaban llenos de foragidos y asaltantes, que pasaban á cuchillo al primero que se opusiera á sus deseos. Ocasiones hubo en que los bandidos, bautizados con el nombre de *pronunciados*, tomaban por asalto pueblos y villas, y obligaban á sus habitantes á emigrar, impelidos por la muerte que los amenazaba.

En verdad que aquellas tropelías no eran consecuencia de las nuevas leyes, porque mayores las había durante el período colonial. Eran efecto de la transición rápida de una forma de gobierno á otra. Encadenadas las voluntades y las fuerzas bajo la ley del terror, durante la dominación española, no era posible que se formasen partidos políticos; pero una vez declarada la independencia, cada quien trabajaba por sí, á fin de llegar al gobierno. Por esto las agitaciones no se llegaron á interrumpir, sea porque algunos poderosos españoles residentes las fomentasen, sea porque el delirio de libertad había despertado pasiones hasta entonces desconocidas. El resultado era que la vida llegó á ser imposible entre los años de 1821 á 1847, en que todas las fuerzas se dirigieron contra los invasores norteamericanos: desaparecieron las rencillas de casa, para ir todos contra el extranjero. Entonces dió pruebas palpables el pueblo de lo que es y vale, de lo temible y celoso que se muestra por el honor y la integridad de la patria recién adquirida, á fuerza de sacrificios y sangre.

El atropello norteamericano, que afirmó el heroísmo en los pechos patricios y selló con la sangre de «los héroes niños» aquel ultraje á la justicia internacional de parte de los Estados Unidos, concluyó. Mas, sin educación política alguna, siguió la lucha, ya marcada con los nombres de dos poderosos partidos, que se debatían el poder. Y se sostuvo ésta hasta 1857, en que el señor Juárez promulgó aquella famosa Constitución, cuyos principios forman la copilación más admirable en materia de derecho constitucional. Para formarla, el señor Juárez tuvo

presentes las constituciones de Francia y Estados Unidos, pero casi la calcó en la de este último país.

El nuevo código produjo una sensación terrible, pero el hijo de Guelatao mantúvose de roca y granito: iban y venían protestas, polémicas de periódicos y otra clase de censuras, y él inexorable, porque las circunstancias así lo requerían.

El clero, dueño que era del país, no se podía resignar á perder todos sus privilegios, máxime que aquella Constitución era el principio seguro de una reforma radical: desamortización de bienes eclesiásticos, separación de la Iglesia y el Estado, y secularización de los frailes enclaustrados; clausura de conventos, y otras prácticas que hacían de las clases tonsuradas unos seres inmunes ante la ley; medidas todas que sublevaron los ánimos de los que abatía el nuevo código.

De este paso que dió el señor Juárez, surgió bien marcada la división de los dos partidos, conservador y liberal. Entre los unos y los otros había personas respetables que militaban en el término medio. Estos reconocían la bondad de la nueva Constitución, pero no se apartaban por completo de los curas: les concedían ciertos beneficios temporales. Llámanse á esta facción, en la cual me ocuparé más adelante, católico-liberal.

Disgustados los conservadores, empezaron á despertar los odios dormidos, procurando echar abajo al gobierno. Comisionaron á las principales personalidades—entre ellos no hallaron candidato—á fin de que propusieran un *imperio mexicano* á un príncipe extranjero. Y..... en los albores del año de

1862, arribaron á mexicanas playas, entretanto el pueblo, envilecido, los recibía de rodillas, Maximiliano y Carlota.

Dos generales les abrían paso, despejándoles el camino; y cuando ya empezaban á sentir las delicias del cielo de México, los mismos que los habían traído, ofreciéndoles trono y riqueza, los pusieron en manos del partido enemigo.....

Carlota pedía protección á los tronos europeos, y Maximiliano, en medio de dos generales valientes y fieles, sucumbe en Querétaro. Suenan los fusiles sobre aquel pecho noble y sincero, y después..... se afianza en el poder el partido liberal, concluyendo con la efímera existencia de un imperio falaz y de intrigas conservadoras.

Sin embargo, las turbulencias no cesaban. Cualquier militar de pueblo se creía con derecho á la sublevación, para aspirar al poder. Guerrillas, madrigueras de ladrones que devastaban el país, por todas partes y en todos los Estados veían levantarse.

Los caminos eran inseguros. Causas son estas más que suficientes para que la prosperidad no pudiese entrar por ningún lado. ¿Qué adelanto era posible, si nadie sabía si para el día siguiente tenía vida?

VI

El período que media entre 1862 y 1879, no pudo ser más aciago. Durante él hubo terribles luchas para derribar del poder á Lerdo de Tejada, cuya actitud había convertido en insostenible.

Triunfó Tuxtepec, y el general Don Porfirio Díaz entra victorioso á la capital, aclamado por la multitud.

¡Cayó Lerdo, y comenzó una nueva era para la república!

Entretanto que esto pasaba en los contornos de la bella Tenochtítlan, en el resto de la nación, algunos cabecillas agitaban al pueblo y hacían de las suyas, favorecidos por la actitud del gobierno de Lerdo.

El cuadro era desolador. Los extranjeros desconfiaban de nuestra estabilidad, y temían emplear capitales en donde no era posible la paz. Con lo cual, no podíamos contar más que con los elementos nacionales, estacionados y maltrechos por los continuos golpes de los audaces.

La industria, menos que desconocida; la agricultura, en estado primitivo, y las comunicaciones tampoco se conocían, excepto el ferrocarril de aquí á Veracruz, que fué obra del gobierno del señor Juárez. En cambio, la inseguridad en los caminos era completa.

Tal era el estado de la república hasta hace unos treinta años. ¿Quién había de visitarnos en semejantes condiciones?

Pobres de inventiva, escasos de elementos, teníamos que vivir aislados forzosamente, y ser considerados como incapaces de civilización.



Porfirio Díaz